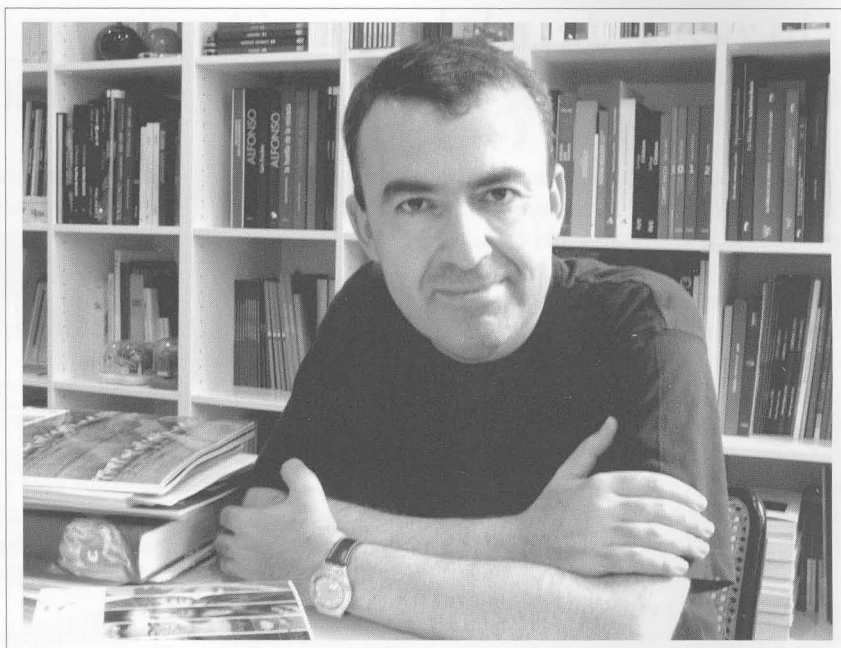


Es uno de los escritores jóvenes de mayor éxito de público. Dotado de un inusual talento narrativo, ofrece en sus novelas una mirada analítica de la España de hoy



Lorenzo Silva: “Nadie es más que nadie”

Tiene cuarenta años y es uno de los narradores españoles que más vende. Sus novelas de intriga protagonizadas por dos guardias civiles se han hecho ya familiares para el gran público, tras la concesión del premio Nadal a *El alquimista impaciente*, de la que ha vendido más de 200.000 ejemplares. Dos años antes, en 1998, había sido finalista del mismo galardón con *El lejano país de los estanques*, en la que presentó a los protagonistas de la serie, el popular sargento Bevilacqua y la guardia Virginia Chamorro. Pero, además, Silva es autor de narraciones memorables como *El nombre de los nuestros*, en la que trata la olvidada tragedia de los miles de soldados españoles llevados a morir a los desolados campos del Rif. Una espléndida novela que se complementa con la excelente guía histórica *Del Rif al Yebala*, en la que narra las desventuras coloniales españolas y nos muestra los escenarios de las sucesivas campañas de Marruecos. Dotado de un infrecuente sentido común, sabe muy bien, como el sargento Bevilacqua, que nadie es más ni menos que nadie, y pertrechado con este principio moral navega con tino por los procelosos mares de nuestra literatura, incontaminado de ambiciones estériles y superfluas vanidades

– Extraña que un escritor de su generación haya sentido la atracción de Marruecos, un tema tal injustamente olvidado. ¿A qué se debe ese interés suyo por las campañas del Rif?

– Tengo una doble vinculación familiar con Marruecos. Por un lado, una parte de mi familia materna reside en Rabat. Por otro lado, mi abuelo estuvo entre 1920 y 1926, en la zona del Yebala. La primera vez que estuve en Rabat, fue a los tres años. Así es que para mí Marruecos siempre ha estado cerca. Mi otro anclaje con Marruecos ha sido la

literatura. En primer lugar, el libro de Fernández de la Reguera que leí siendo un niño. Recuerdo que me impresionó muchísimo aquella sed terrible de los soldados españoles condenados a beberse sus propios orines, o la estampa imborrable de cientos de hombres huyendo en medio de la noche. Luego leí a Barea y a Sender, que tan crudamente transmitieron la emoción del desastre militar. Y no entendí el desinterés de España por aquellos hombres infortunados, un desinterés que también es extensivo a Cuba o a Filipinas. No sé qué tiene este país nuestro, que todo lo destruye, que todo lo olvida. Pero creí percibir que había algo que a Sender y a Barea se les escapó en sus admirables novelas, y es que no sólo fueron víctimas de la guerra los soldados de leva sino muchos oficiales y militares profesionales. Junto a los mandos corruptos y a los ciegos de ambición, también hubo gente honesta. Así es que fue creciendo en mí la necesidad de realizar una historia más compasiva, no sólo con los soldados de leva, sino con los militares profesionales y también con los propios marroquíes, que estaban defendiendo su tierra. Pero hasta los 32 años no me sentí capacitado para escribir esta historia.

– En sus reiterados viajes por el Rif, ¿qué siente cuando vuelve a recorrer los escenarios de la guerra?

– Siento sobre todo, la pena del olvido. Nadie recuerda aquel sufrimiento, tantas muertes inútiles, la congoja de miles de familias. Es doloroso comprobar cómo apenas queda nada de nuestra presencia en un territorio en el que murieron miles de españoles, y que durante tantos años formó parte de nuestro Protectorado. No entiendo cómo se pudieron trincar tantos destinos, para tan menguado resultado. Algo me consuela ahora cuando comienzan a realizarse algunas actividades que nos van acercando a un país